
ÉTIENNE GILSON, “MAIMÓNIDES Y LA FILOSOFÍA DEL ÉXODO”

Título original: “Maimonide et la Philosophie de l’*Exode*”, *Mediaeval Studies*, vol. 13, 1951, pp. 223-225

Traducción: Silvana Filippi

El acontecimiento filosófico más importante que se haya producido después del fin de la filosofía griega es probablemente la distinción introducida por santo Tomás de Aquino entre dos órdenes de actualidad, el de la forma que corresponde a la especificación de los seres y el del *esse* que corresponde a su existencia. Los orígenes de ese acontecimiento son poco conocidos. Se sabe, sin embargo, que en su *Metafísica* VIII, 4, Avicena afirmó que Dios no es una esencia: *Primus igitur non habet quidditatem*. Haciendo alusión a este texto en su *De ente et essentia*, V, al comienzo, santo Tomás lo comentó en estos términos: “Y es por eso que encontramos filósofos que dicen que Dios no tiene quiddidad o esencia, puesto que su esencia no es otra cosa que su *esse*”.

Aunque la historia de esta doctrina no haya sido escrita, se puede considerar extremadamente probable que el origen se remonte, más allá de Avicena, a Alfarabí, a quien aquél siguió a menudo y que, por una serie de teólogos preocupados por interpretar el dogma de la creación, se relacione finalmente con la enseñanza del libro del *Génesis*. Averroes objetó tan a menudo a la doctrina de la distinción de esencia y existencia en las creaturas su origen religioso, es decir, no filosófico, que es difícil dudar de que un mismo origen explique la noción de un Dios toda existencia y, en consecuencia, exento de quiddidad.

Sea lo que fuere de sus orígenes, la doctrina aparece plenamente constituida en Avicena, donde aquella se expresa bajo una doble forma: Dios, o el Primero, es existencia pura; las creaturas, al contrario, no son ellas mismas más que esencias posibles a las cuales les sobreviene (*accidit*) la existencia en virtud de la necesidad del Primero. Es lo que los

latinos del siglo XIII manifestaron diciendo que, para Avicena, la existencia es un accidente de la esencia creada. Unos lo criticarán en este punto, como santo Tomás de Aquino, por ejemplo, pero otros lo seguirán, no sin retocar a veces el lenguaje que él había usado.

Entre Tomás de Aquino y Avicena se encuentra Maimónides, el Rabí Moisés bien conocido por los lectores del Doctor Angélico y por quien él mismo experimentó el respeto que todo gran teólogo tiene por otro gran teólogo. Preocupado por interpretar ante todo la tradición del monoteísmo judío, Maimónides insiste con una fuerza extrema sobre la unidad de Dios, y es para asegurarla mejor que subraya la absoluta simplicidad de su esencia al punto de rehusarle todo atributo. En su *Guía de los perplejos* I, 57, Maimónides demuestra que incluso la existencia no es un atributo de Dios. Es verdad que, en el mismo texto, da por sentado que, en todos los otros seres, “la existencia es un accidente sobrevenido a lo que existe”, sobre lo cual su admirable traductor y comentador, Salomón Munk, cuyo texto seguimos aquí, establece asimismo en nota que esta doctrina, ajena a Aristóteles, proviene de Avicena y que es precisamente en nombre de Aristóteles que el Comentador la contradijo más tarde.

Si la existencia era un accidente de la esencia, Maimónides no podía admitir que aquella fuese en Dios un atributo sin comprometer la perfecta simplicidad de la esencia divina. De todos modos, basta leer su desarrollo para ver bajo qué aspecto examina el problema. Como el de Avicena, su punto de partida es la consideración del ser creado. En tanto que es causada, la esencia de la creatura no implica su existencia. Todo aquello cuya existencia tiene una causa es entonces tal que su existencia se agrega por así decir a su quiddidad. No ocurre así con Dios, pues él es la existencia necesaria. Seguramente existe, pero no por su existencia: “Su existencia es su verdadera esencia; su esencia es su existencia”. En una palabra, Dios *tiene* existencia, él la *es*.

Pronto se advertirá cuánto más cerca se encuentra Tomás de Aquino del teólogo judío que del filósofo árabe, pues no dirá, con Avicena, que Dios no tiene esencia, sino más bien, con Maimónides, que su esencia es su existencia misma. Es verdad, y la diferencia es importante, que Tomás de Aquino no seguirá a Maimónides en el camino de una teología puramente negativa. Lo criticará incluso expresamente en este punto (*Sum. Theol.* I, 13, 2), pero no deja de escucharse un sonido tomista en la frase donde Maimónides dice de Dios,

en el capítulo siguiente de la *Guía* (I, 58): “No comprendemos de Él otra cosa sino que ÉL ES, que hay un ser que no se parece a ninguno de los seres que ha producido, que no tiene absolutamente nada en común con estos últimos”. Recordemos el texto de *Contra Gentiles* I, 30: “No podemos comprender lo que Dios es, sino lo que no es, y qué relación mantiene con él todo el resto”.

Si podemos suponer un origen bíblico de esta doctrina en Avicena, es completamente cierto que Maimónides mismo la acogió inmediatamente como una expresión fiel de la revelación divina. Tal es en efecto, según él, el sentido del nombre que Dios mismo se da en la Escritura, puesto que él se llamó a sí mismo Yahweh, nombre que no debía ser pronunciado más que en el santuario y que debía corresponder, en el espíritu del sacerdote que lo pronunciaba, a la idea de un Dios enteramente diferente de sus obras. Entrando aquí en el terreno de la exégesis filosófica, nuestro doctor judío se vuelve notablemente prudente al momento de imaginar cuál podría ser para sus predecesores el sentido de ese nombre. Sin embargo, dice, por la manera en que debía ser pronunciado y por lo que sabemos de la lengua hebrea, que aquel que lo decía debía oírlo como significando “la existencia necesaria”. Según lo anterior, este nombre significaba entonces la esencia misma de Dios. En efecto, la existencia es su esencia. El nombre divino Yahweh significa entonces lo necesariamente existente (*Guía* I, 61).

Tal es el sentido del famoso *Tetragrammaton*. Pero, ¿de dónde viene este nombre? A esta cuestión Maimónides responde, como es esperable, que viene de Dios mismo, y más precisamente de las palabras muy conocidas que se leen en el libro del *Éxodo* (3, 13), donde, respondiendo a Moisés, quien le preguntaba su nombre, Dios dice: “Yo soy EL QUE SOY”. Sobre ello, añadiendo al texto sagrado su propio comentario, Maimónides observa que ese nombre significa “la existencia”. ¿En qué es, pues, misterioso? En esto: que retoma el sujeto bajo la forma de atributo. Pero por qué lo hace sino para afirmar que Dios es la existencia que es la existencia, dando así a entender que, en la fórmula que traduce su nombre, “el sujeto es idénticamente la misma cosa que el atributo”. Donde Maimónides encuentra su propia interpretación del nombre divino por excelencia: “He aquí entonces una explicación de esta idea: que Dios existe, pero no por la existencia; de suerte que esta idea es resumida e interpretada así: el Ser que es el Ser, es decir, el Ser necesario” (*Guía* I, 63). Brevemente, no sabemos lo que Dios es, pero sabemos que es EL QUE ES.

Parece incontestable que la conjunción de una metafísica de la existencia y del célebre texto del *Éxodo* se operó en el pensamiento de Maimónides. Casi no hay duda de que santo Tomás, que leyó estos textos, comprendió inmediatamente su importancia, y ciertamente estamos aquí ante una de las fuentes de la metafísica tomista del ser. La verdad sublime –*haec sublimis veritas*–, de la que habla solemnemente la *Suma contra gentiles* (I, 22), resplandece por vez primera ante los ojos con la plenitud de sentido metafísico del cual el texto del *Éxodo* permanecerá cargado en lo sucesivo para santo Tomás y sus discípulos. ¿Cómo distinguir lo que le debían los teólogos musulmanes a la revelación judía de lo que Maimónides les debía, y de lo que Tomás de Aquino a su vez le debía a éste por haber unido así las dos luces del intelecto y de la Escritura? Lo que es cierto, al menos, es que revivimos aquí uno de los momentos más solemnes de la historia del pensamiento occidental, puesto que el judaísmo hizo estallar el mundo de las sustancias aristotélicas sometiendo el acto de sus formas a un Acto Puro que no es más el de un pensamiento que se piensa, sino el de la existencia en sí. Es admirable que la metafísica del pensador cristiano más profundo quizás haya devenido integralmente cristiana por aquello que tenía de judío, y quizás más admirable aún lo es el hecho de que el judaísmo, tan poco proclive a las especulaciones abstractas de la metafísica, haya engendrado un mundo filosófico nuevo, fecundando el cosmos de Aristóteles y de sus comentadores griegos. El pensamiento cristiano del siglo XIII no usó simplemente el universo del peripatetismo; lo metamorfoseó desde adentro, consagrando el triunfo de la causa eficiente sobre la causa final. Hizo de cada ser un existente hecho a imagen y semejanza del Acto Puro de existir.

Maimónides ciertamente puso a Tomás de Aquino sobre la vía regia de la metafísica del *esse*, pero sólo santo Tomás la recorrió hasta el fin. Nada, en lo que conocemos de él, permite pensar que el teólogo de la *Guía* haya presentido las consecuencias fecundas que la noción existencial de Dios podía entrañar para lo que nosotros llamamos hoy, con un nombre por lo demás nacido peligroso¹, la ontología. Fiel a la enseñanza de Avicena,

1 Nota de la traductora: El Autor se refiere a que el término “ontología”, que contemporáneamente suele usarse prácticamente como sinónimo de “metafísica”, es decir, el saber referido al ente en tanto ente, en rigor, históricamente entraña un cambio doctrinal respecto de la tradición filosófica, cambio en el que se ha abandonado la concepción existencial del ser para sustituirla por una logicización del ente comprendido ahora no como lo que ejerce el acto de ser, sino como concepto general y abstracto. En este sentido, Gilson considera que “ontología”, desde su surgimiento moderno, es un nombre “peligroso” (*dangereux*).

[Maimónides] no parece haber sobrepasado la noción de seres creados en los que la existencia sería una suerte de apéndice accidental que se añadiría a la esencia para volverla efectiva. Claramente consciente de lo que tenía de único el supremo Existir que designa el *Tetragrammaton*, no parece haber visto que si la causa primera de los seres es tal que su esencia es la existencia, sus efectos también deben imitarla necesariamente al menos en que el acto de existir, por el cual son seres, sea en ellos no como un apéndice de la esencia, sino como el acto de todos los actos y la perfección de todas las perfecciones. En este sentido, es sólo en Tomás de Aquino que la teología extraída del *Éxodo* por Maimónides engendró una filosofía propiamente dicha y dio nacimiento a la nueva metafísica, en la que “la sustancia integral del ser” es totalmente actualizada por su acto propio de existir.

Étienne Gilson

Pontifical Institute of Mediaeval Studies